

Los tres visitantes levantaron la cabeza.

—Calla! exclamó uno de ellos con ademán de pronunciar un nombre.

Mi madre, palideciendo, colocó un dedo sobre los labios recomendando silencio.

Todos callaron.

Yo observaba asombrado.

La aparición, que para mí lo era, repuso:

—Lucotte, eres tú el que hablabas?

—Sí, contestó Lucotte.

—Decías que ese hombre es grande?

—Sí.

—Pues ¿alguien es más grande que Napoleón.

—¿Quién?

—Bonaparte.

Reinó un momento de silencio, que rompió Lucotte diciendo:

—Después de Marengo?

—Antes de Brumario.

El general Lucotte, que era joven, rico, guapo y feliz, tendió la mano al desconocido, diciendo:

—Tú aquí? Creía que estabas en Inglaterra.

El desconocido, cuya cara severa, cuyos ojos inteligentes y cuyos cabellos grises me llamaron la atención, respondió:

—Brumario es la caída.

—De la República, sí.

—No, de Bonaparte.

La palabra Bonaparte me admiraba; siempre había oído llamarle emperador. Más tarde comprendí las familiaridades altivas de la verdad; pero entonces oía por primera vez el tuteamiento de la historia.

Los tres paseantes, que eran tres generales, oyeron esto con seriedad y estupor. Lucotte dijo:

—Tienes razón; por borrar Brumario haría el mayor sacrificio.

—La Francia grande es buena, pero la Francia libre es mejor.

—La Francia no puede ser grande si no es libre.

—Es cierto. Por conseguir la libertad de Francia sacrificaría mi fortuna. Y tú?

—La vida, dijo el desconocido.

Hubo un momento de silencio.

Oíase el gran tumulto del París bullicioso; los reflejos de la fiesta iluminaban el semblante de aquellos hombres; hacían palidecer las estrellas los destellos de la iluminación, como si las alabanzas prodigadas á Napoleón llegasen al cielo.

De repente, aquel hombre, que tan bruscamente había aparecido, volvióse hacia mí, que, temeroso, procuré esconderme, y mirándome con fijeza, me dijo:

—Niño, acuérdate de esto: antes que todo la libertad.

Y poniéndome la mano en el hombro, recuerdo todavía que me hizo estremecer.

Después repitió:

—Antes que todo la libertad.

Desapareció en seguida entre los árboles como había aparecido.

¿Quién era aquel hombre?

Un proscrito.

Víctor Fanneau de Lahorie era noble breton adherido á la República y amigo de Moreau, su compatriota. En la Vendée, Lahorie conoció á mi padre, más joven que él veinticinco años. Más tarde fué su superior en el ejército del Rin, desarrollándose entre ellos una fraternidad tal, que hacía exponer la vida á uno por otro. En 1801, complicado Lahorie en la conspiración de Moreau contra Bonaparte, fugóse y pusieron á precio su cabeza. Desvalido y sin ningún auxilio, encontró apoyo en mi padre, que le dió como refugio la capilla de las Fuldenses, que por su estado ruinoso reunía condiciones para proteger otra ruina, esto es, al vencido; asilo que fué aceptado por Lahorie, que permaneció en él completamente oculto, y solo mis padres sabían que se escondía allí.

El día que habló á los tres generales no hay duda que cometió una imprudencia. Su aparición nos sorprendió, sobre todo á los niños. Al viejo sacerdote nada le sorprendía, por contar en su vida tal número de proscripciones, que estar escondido lo consideraba como un incidente natural de la vida.

Mi madre nos exigió el silencio, que guardamos religiosamente, y á contar de este día el desconocido dejó de serlo en la casa.

¿Para qué continuar el misterio con nosotros si ya le habíamos visto? Comía, pues, en la mesa y con familia; paseaba por el jardín en todas direcciones, ayudando algunos ratos al jardinero; nos daba consejos y lecciones algunas veces, auxiliando en su tarea al anciano sacerdote. Tenía una manera de tomarme en sus brazos, que me hacía reír al propio tiempo que me causaba miedo; me elevaba en el aire, dejándome caer de repente hasta el suelo. Tenía la seguridad á que habitúan los destierros largos; no salía jamás, y siempre estaba contento,

Mi madre vivía intranquila, á pesar de nuestra formal promesa de guardar profundamente el secreto.

Lahorie era un hombre sencillo, dulce, austero, viejo por su proceder más que por la edad, sábio; poseía en alto grado el grave heroísmo propio de las personas ilustradas. Existe una condición que separa al hombre que cumple el deber del hombre que representa un papel. El primero es Phocion; el segundo es Murat.

Lahorie era un Phocion.

Nosotros solo sabíamos de él que era nuestro padrino. Me había visto nacer y dijo á mi padre: *Hugo es una palabra del Norte; es necesario añadirle una meridional y completar el germano con el latino*, y me puso el nombre de Víctor, que era el suyo.

No sabía yo su nombre histórico: mi madre le decía *general* y yo le llamaba *mi padrino*.

Continuó habitando la casucha del fondo del jardín, sufriendo la lluvia y la nieve que en invierno entraba por las ventanas, desprovistas de cristales; tenía la cama colocada detrás del altar y sus pistolas en un rincón, y una edición de Tácito, que él me hacía explicar.

Nunca me olvidaré del día en que, tomándome en sus rodillas, abrió dicho ejemplar, en octavo, encuadernado en pergamino, edición Herhan, y me leyó esta línea: *Urbem Romam á principio reges habuere*, é interrumpiéndose, murmuró:

—Si Roma hubiese conservado sus reyes no hubiese sido Roma; y mirándome con ternura, añadió esta gran máxima:

—Hijo mío, antes que todo la libertad.

Un día desapareció de la casa; yo ignoraba el por qué.

Dos acontecimientos sobrevinieron; los de Moscow y de la Beresina, que fueron el principio de las catástrofes sucesivas.

Nosotros fuimos á reunirnos con mi padre á España, y más tarde regresábamos á las Fuldenses.

Una tarde de Octubre de 1812 paseaba yo, dando la mano á mi madre, por delante de la iglesia de Saint-Jacques-du-Aut-Pas. Había un cartel grande pegado en una de las columnas de la portada, creo que en la de la derecha. Los transeúntes dirigían miradas oblicuas hacia el contenido del cartel, aproximábanse como temerosos, y al leerlo huían con precipitación. Se paró mi madre y dijo: Lee: yo leí lo siguiente:

“Imperio francés.—Por sentencia del

primer Consejo de guerra han sido fusilados en Grenelle, por el crimen de conspiración contra el imperio y el emperador, los tres ex-generales Malet, Guidal y Lahorie.”

—Lahorie! dijo mi madre; recuerda este nombre. Y luego añadió: Es tu padrino.

V.

Tal es el fantasma que entreveo en las reminiscencias de mi niñez.

Aquella figura jamás se borrará de mi memoria.

El tiempo, lejos de disminuirla, la acrecienta, y al alejarse aumenta, tanto más como más lejos está; propiedad que es exclusiva de las grandezas morales.

La influencia que sobre mí ha ejercido es indeleble.

Desde pequeño participé de la vida del proscrito, oyendo la voz del que debía morir pronunciar este nombre del derecho y del deber: “Libertad.” Una palabra es el contrapeso de toda una educación.

El hombre que hoy publica este recuerdo y que en los libros *Antes del destierro*, *En el destierro* y *Después del destierro* presenta francamente su vida á sus contemporáneos, ha sufrido muchos dolores. Confío, si Dios me dá tiempo, narrarlos con el título de *Historia de las revoluciones interiores de una conciencia honrada*.

Todo hombre puede, si es sincero, rehacer el itinerario del camino de Damasco, que es variable para cada uno.

Como ya he dicho, soy hijo de una legitimista amiga de madame de La Rochejaquelein y de un soldado de la revolución y del imperio, amigo de Desaix, de Jourdan y de José Bonaparte; he sufrido las consecuencias de una educación solitaria y compleja, en la que un proscrito republicano oponía sus teorías á las de un sacerdote, también proscrito. Siempre el patriotismo ha dominado en mí á las ideas legitimistas: he sido napoleónico en 1813 y borbónico en 1814; como la mayoría de los hombres del principio de este siglo, he seguido las corrientes de la época, ilógico y probo, legitimista y volteriano, cristiano, bonapartista, liberal y socialista exagerado; mudanzas enteramente reales é incomprendibles hoy.

Siempre he obrado de buena fé; mi punto de mira ha sido rectificar y complementar mis ideas; he procurado apro-

ximarme todo lo posible á la verdad, aunque me he engañado algunas veces.

Mis aberraciones sucesivas nunca fueron retrógradas; jamás di un paso atrás: en mis obras se conoce el camino recorrido, pudiéndose comprobar en cualquiera de ellas. Pero hago constar que nunca, en todo lo que he escrito, ni en los libros de la infancia y de la adolescencia, puse una línea en contra de la libertad.

Mi alma sostuvo gran lucha entre el trono que me imponía el sacerdote católico y la libertad que me recomendaba el soldado republicano; pero la libertad venció.

De aquí la unidad de mi vida.

En todo quiero que prevalezca la libertad; así es que sostengo que la libertad es en la filosofía la razón, en el arte la inspiración y en política el derecho.

VI.

En 1848 mi opinión no había aun adquirido la forma social definitiva. Cosa singular; puede decirse que en esta época de libertad era nominal la República. Saliendo de una serie de monarquías ensayadas y puestas en acción sucesivamente, como la monarquía imperial, la legítima y la constitucional; envuelto por los hechos inesperados que me parecían ilógicos; obligado á notar á la vez, en los jefes militares que dirigían el Estado, la honradez y la arbitrariedad; teniendo, á pesar mío, parte de la inmensa dictadura anónima, que es el peligro de las Asambleas únicas, me decidí á observar imparcialmente el gobierno militar, en el cual no podía reconocer ningún principio democrático, dedicándome á proteger estos principios cuando me parecían amenazados y á defender el derecho cuando intentaban desvirtuarlo.

En 1848 hubo casi un 18 Fructidor, y los 18 Fructidor tienen de funesto que dan modelo y pretexto á los 18 Brumario y producen el fenómeno de que la República hiera á la libertad; situación que, si se prolongase, causaría su suicidio.

La insurrección de Junio fué fatal, tanto para los promovedores como para los que la sofocaron. Yo la combatí, pero á pesar de ello fuí uno de los sesenta representantes que envió la Asamblea á las barricadas, y después de consumado el hecho me separé de los vencedores, porque vencer y después dar la mano al vencido es la ley de mi vida, cosa que con nosotros no se hizo.

Hay buen modo de vencer y mal modo de vencer. La insurrección de 1848 vencióse de un modo indigno; en lugar de pacificar, envenenó; en lugar de quitar asperezas, creólas; exageró el procedimiento; desató la violencia soldadesca; Cayena y Lambesa y la deportación sin previo juicio fué el resultado de aquella victoria. Yo, indignado, elevé mi voz en favor de las familias perseguidas y repudí esta falsa República, compuesta de Consejos de guerra y de estados de sitio.

Un día, en la Asamblea, el representante Lagrange, hombre de corazón, dirigiéndose á mí, me preguntó:

—Con quién estais?

Yo contesté:

—Con la libertad.

—Y qué haceis? replicó Lagrange.

—Espero, añadí yo.

En Junio de 1848 esperaba; después de Junio de 1848 perdí la esperanza.

El rayo que brotó de los acontecimientos me llegó al alma, y ese rayo, una vez brilla, nunca se apaga, dando origen á la verdad en la conciencia.

En 1849 brotó en mí la claridad definitiva.

Cuando ví á Roma abatida en nombre de Francia; cuando ví la mayoría, hasta entonces hipócrita, arrojar de repente la máscara con la que el 4 de Mayo de 1848 esa misma mayoría había exclamado diez y siete veces viva la República; cuando ví después del 13 de Junio el triunfo de todas las coaliciones enemigas del progreso; cuando ví aquella unión cínica, en fin, lo comprendí todo y me sentí triste, y en el momento en que todas las manos de los vencedores se tendían hácia mí para atraerme, noté en el fondo de mi alma que estaba vencido.

Un muerto que yacía en tierra decía que era la República, pero fuí hácia él y reconocí que era la libertad; entonces me abracé á ella y con ella me identifiqué.

Ví ante mí la duda, la depresión, la ruina, la afrenta, la proscripción, y dije: Conforme!

En seguida, el 15 de Junio subí á la tribuna y protesté.

Desde este día la República y la libertad fueron una misma cosa para mí, y sin tregua, sin descanso, continuamente y paso á paso, luché por estas dos grandes ideas calumniadas.

Por fin el 2 de Diciembre de 1851 llegó lo que yo esperaba; esto es, veinte años de destierro.

Tal es la historia de lo que se ha dado en llamar mi apostasía.

VII.

1849. Grande fecha para mí. En ella tuvieron principio las luchas trágicas; de una parte el porvenir atacando y de otra el pasado resistiendo.

En dicha época, el pasado manifestaba gran pujanza, y á pesar de ello y de ser omnipotente, estaba muerto; no era más que un fantasma que combatía.

Agitábanse todos los problemas: de independencia nacional, de libertad individual, de conciencia, del pensamiento, de la palabra, de la tribuna y de la prensa; el problema de la mujer en el matrimonio y de la educación de los niños; del derecho al trabajo con la teoría del salario; del derecho á la patria oponiéndose á la deportación; del derecho á la vida enfrente á la reforma de los códigos; de la disminución de la penalidad por el crecimiento de la educación; de la separación de la Iglesia del Estado; de la propiedad de los monumentos, iglesias, museos y palacios llamados reales concedidos á la nación; de la magistratura bien ordenada con el jurado amplio; del ejército europeo licenciado por la federación continental; de la disminución de las contribuciones territoriales; de la abolición del impuesto de sangre; de restituir á los soldados desde el campo de batalla al centro de los trabajadores; de la supresión de las aduanas y fronteras; de la desaparición de los istmos; de la descentralización absoluta.

Todo esto fué propuesto, discutido y algunas veces impuesto.

En este libro se encontrarán todas estas luchas.

El que bosqueja su vida parlamentaria en este momento, oyendo un día á los miembros de la derecha exagerar los derechos del padre, les interrumpió reclamando *el derecho del hijo*.

Otro día, preocupado como siempre por la situación del pueblo y de los pobres, les sorprendió con esta afirmación: *Se puede destruir la miseria*.

La vida de los oradores es muy agitada.

En las Asambleas embriagadas por el triunfo y por el poder, las minorías, como son las que atacan, son las que sufren.

Es muy duro girar alrededor de esta inexorable roca de Sísifo: el derecho. Intentar escalarla y caer es el esfuerzo de las minorías.

La bondad del deber se impone. Una

vez comprendido se cumple sin vacilación. La belleza del sacrificio atrae á las conciencias que aceptan las pruebas con juicio recto.

La aproximación de la luz tiene algo de terrible, porque se convierte en llama: primero alumbra, más tarde calienta y por fin consume.

No importa; vamos al precipicio y aumentemos la claridad con nuestros sacrificios.

Sucumbir es triunfar, y el que sufre por la verdad lo demuestra.

Silbar antes de proscribir es el procedimiento ordinario de las mayorías furiosas, que preludian la persecución material con la persecución moral.

La imprecación empieza lo que el ostracismo concluye; así es que dichas mayorías preparan la víctima para la inmolación con toda la retórica de la injuria y con el coronamiento del ultraje.

He sufrido todas estas manifestaciones y solo tengo el mérito de haberlas olvidado. Creo cumplí con mi deber, y teniendo por norma la vergüenza, quedo satisfecho.

Las afrentas pasadas las cuento por los insultos recibidos.

Quereis algun ejemplo?

Un día, el 17 de Julio de 1851, denuncié en la tribuna la conspiración de Luis Bonaparte, declarando que el presidente aspiraba á ser emperador.

Un representante me interrumpió:

—Sois un infame calumniador.

Este representante prestó luego acatamiento al imperio por un sueldo de treinta mil francos al año.

Otra vez, al combatir la feroz ley de deportación, otro representante me interrumpió diciendo:

—¡Y pensar que este discurso costará á la Francia veinticinco francos!

Este segundo interruptor fué también senador del imperio.

En otra ocasión, no sé quién, senador también más tarde, me apostrofó de este modo:

—Sois adorador del sol naciente.

Del sol naciente del destierro, sí.

El día que pronuncié en la tribuna estas palabras, que todavía nadie había pronunciado: *Los Estados Unidos de Europa*, Mr. Molé estuvo notable. Elevó los ojos al cielo, abandonó su sitio, atravesó el salón, haciendo signos á los miembros de la mayoría para que le siguiesen, y salió. Pero como nadie hizo caso de sus indicaciones, entró otra vez indignado.

Entonces los silbidos y las risas duraron un cuarto de hora, que aproveché para recapacitar.

Durante el insulto me apoyé en la tribuna y me quedé meditando.

Este mismo día, el 17 de Julio de 1851, pronuncié la frase "*Napoleon el Pequeño*."

A estas palabras siguió tal manifestación de furor de la mayoría y estallaron rumores tan tumultuosos, que se oían desde fuera, y se reunió gran gentío en el puente de la Concordia.

Dicho día subí á la tribuna creyendo estar en ella veinte minutos y permanecí tres horas.

Por haber entrevistado y anunciado el golpe de Estado, todo el futuro Senado del futuro imperio me declaró calumniador.

Tuve contra mí todo el partido del orden, todas las tendencias conservadoras; desde M. de Falloux, católico, hasta M. Vicillard, ateo.

Ser uno contra todos es alguna vez honroso. Yo, en aquella ocasión, devolví golpe por golpe.

Una vez, y á propósito de una ley clerical y defendiendo una proposición con el título de *Libertad de enseñanza*, hablé de la Edad Media, de la Inquisición, de Savonarola, de Giordano Bruno y de Campanella, á quien hicieron sufrir veintisiete veces el suplicio del potro por sus opiniones filosóficas. Al llegar aquí, los hombres de la derecha vociferaron:

—Vamos! Vamos!

Yo les miré con fijeza y les dije:

—¿Quisierais castigarme también con ese tormento!

Esto les hizo callar.

En otra ocasión contestaba á no sé qué ataque de Montalembert y la derecha se asoció entera al ataque, que era, dicho sea de paso, una mentira.

Los quinientos míopes de la mayoría se unieron al orador, que no estaba desprovisto de valor y poseía el talento especial de las medianías.

Se me dió acceso á la tribuna y fui, por algún tiempo, el blanco de todas las vociferaciones locas y perdonables de la cólera inconsciente.

Aquello fué una baraunda de voces; pero yo escuchaba este tumulto con indulgencia, esperando que cesase el ruido para continuar lo que tenía que decir.

De pronto hubo un movimiento en los bancos de los ministros; era el duque de Montebello, ministro de Marina, que se

levantaba. Abandonó su asiento, se encará conmigo y me dirigió esta frase, que él consideraba que debía serme hostil, aunque no tenía sentido:

—*Sois un envenenador público.*

Así caracterizado, y con tal intención, hice señal con la mano de que quería hablar, y los clamores se interrumpieron, reinando de pronto el silencio por haber vencido la curiosidad al furor; silencio que aproveché para decir con la voz más dulce que pude:

—Confieso que no esperaba recibir un puntapié de... (aumentó el silencio y proseguí) de M. Montebello.

La tempestad se convirtió en risas, que esta vez no fueron contra mí.

Estos detalles no aparecen siempre en el *Monitor*.

Habitualmente la derecha me interrumpía con estas frases: "No sabeis hablar francés; llevad eso al teatro de la Puerta de San Martín, impostor, corruptor, apóstata, renegado, bebedor de sangre, bestia feroz, poeta," y seguía en crescendo la injuria, la ironía, el sarcasmo y la calumnia.

Washington, tratado también por la prensa hostil de *petardista y ladrón* (pick-pocket), se rió de estos calificativos.

Un día, un célebre ministro inglés, hallándose en la tribuna en una situación análoga, se sacudió la manga, diciendo: "Todo esto es polvo." Y tenía razón.

Los ataques, las mentiras, las intrigas que nos hieren hoy, son polvo mañana.

No contestemos con la cólera á la cólera, ni seamos excesivamente severos con los que están ciegos.

"No saben lo que se hacen," dijo Jesús en el Calvario.

"No saben lo que se dicen," no es menos triste ni menos cierto.

El que grita no oye el grito. ¿El insultador es responsable del insulto? Apenas.

Para ser responsable es preciso ser inteligente.

Los jefes comprendieron, hasta cierto punto, los actos que cometieron; los otros, no.

La mano es responsable: la mano poco y la honda nada.

Furores, injusticias, calumnias, polvo... Olvidemos aquella vocería.

VIII.

Ya que todo es preciso decirlo, hablan-

do de buena fé, en estas colisiones parlamentarias, ¿el orador tiene algo que reprocharse? ¿Alguna vez no habrá procedido arrastrado por el ímpetu de la palabra ó del pensamiento? Confesémoslo: en la palabra es en donde está el peligro.

No sé qué resonancia existe en la tribuna, que es un sitio misterioso y sonoro, en el que parece que se respira atmósfera desconocida, que hace infiltrar en nuestra alma la manifestación de todo un pueblo que nos rodea y nos encolericiza con la cólera de los irritados, nos compenetra de la injusticia de los injustos, haciendo sentir á nuestro sér las grandes indignaciones de la muchedumbre; así es que allí la palabra oscila desde la convicción fija y tranquila hasta la réplica más ó menos comedia de los incidentes inesperados. Esto produce movimientos inexplicables; dejándose vencer se cae en un peligro, y ciertas aberraciones producen errores; ambas cosas constituyen las faldas de la tribuna.

No he podido esquivar esos escollos.

Excepto los discursos de réplica y de ataque, todos los que se encontrarán en este libro son improvisaciones.

Explicuemos lo que es la improvisación.

Segun Horacio, improvisación, en las trascendentales cuestiones políticas, implica premeditación.

La premeditación hace que, cuando se habla, las palabras no se emitan de una manera inconsciente; la larga incubación de las ideas facilita la inmediata estructura de la expresión.

La improvisación no es otra cosa que una repentina explosión voluntaria del cerebro; pero es preciso que este receptáculo se encuentre lleno.

De la plenitud de los pensamientos resulta la abundancia de palabras. En el fondo, lo que se improvisa, y que parece nuevo al auditorio, es viejo para el orador.

Hay quien habla bien, porque transforma la meditación de un día, de una semana, de un mes, y tal vez la de toda la vida, en un discurso de una hora. Las frases se le ocurren más fácilmente al orador que al escritor, por el hábito que tiene de utilizarlas, de tal modo, que á su primer llamamiento acuden para servirle.

La improvisación es la idea perfeccionada y llena de vida y la prueba mayor de verbosidad; pero esta propiedad es un

peligro, y no hay cosa peor que su rapidez; aun tomando todas las precauciones posibles, se incurre fácilmente en la exageración, lo que dá pié para provocar ataques.

Muchas veces la primera palabra es un proyectil; por eso son mejores los discursos escritos; las Asambleas irán conociéndolo.

¿Es posible un orador con discursos escritos?

Este problema se ha planteado, aunque parezca extraño.

Todos los discursos de Demóstenes y de Cicerón son escritos.

Es un discurso pensado y dormido, como diría cualquier crítico maligno de Demóstenes.

Royer-Collard, elocuente pedante, de recto juicio, era gran orador, y solo pronunció discursos escritos. Al subir á la tribuna colocaba sus cuadernos en ella.

Las tres cuartas partes de las arengas de Mirabeau eran escritas, y, dicho sea de paso, no eran suyas. Subía á la tribuna, y como original pronunciaba un discurso, que era de Talleyrand; alguno que era de Malouet, y algunos de otros.

Danton escribía con frecuencia sus discursos; se han encontrado varias páginas con letra suya en su habitación del Consejo de Comercio.

Respecto á Robespierre, de sus diez arengas, nueve estaban escritas. En la noche que precedía á su aparición en la tribuna escribía lo que debía decir lenta y correctamente, sobre su mesita de pinabete, con un ejemplar de Racine abierto ante sus ojos.

La improvisación tiene una ventaja: la de atraer al auditorio; pero también tiene un peligro: el de atraer al orador, arrastrándolo á los excesos de la polémica oratoria, que son á manera de pugilatos de la tribuna.

Si se exceptúan las meditaciones previas indispensables, solo he pronunciado en las Asambleas discursos improvisados; por eso, lo confieso, se encontrarán en ellos faltas y violencias.

IX.

¿Los hombres de las antiguas mayorías causaron todo el mal que hubieran podido causar? No. Quisieron causar? Tampoco. Se engañaban de buena fé, lo cual es una circunstancia atenuante; creyendo poseer la verdad, mentían al servicio de ella; su piedad por la sociedad era impiedad para con el pueblo;

por esto produjeron actos y leyes de una ferocidad ciega.

Aquellos hombres, más que un Senado, constituían una confusión furiosa: chillaban y voceaban desde sus bancos; eran maniqués con resortes que los hacían mover, y aplaudían ó silbaban según el hilo que les estiraban sus jefes.

Tenían por jefes á los mejores de ellos, es decir, á los peores.

No me entretendré en nombrarlos; todos son ya desconocidos: dejémoslos tranquilos, sepultados en la oscuridad de su noche; el viento se llevó todas estas sombras, y apenas podemos distinguir en el horizonte sus borradas siluetas.

Seamos indulgentes.

Si algunos de nosotros hemos pasado por tempestades, por grandes pruebas ó por la calumnia, por el destierro y por otras penalidades, nada importa, porque esto es útil, pueblo, para tí; esto es conveniente para tí, Francia. ¡Qué importa que aumenten los sufrimientos de algunos, si han de producir la disminución del sufrimiento de todos! La proscripción es dura; la calumnia negra; la vida, lejos de la patria, lúgubre insomnio; pero ¡qué importa, si la humanidad se engrandece y se emancipa! ¡Qué importan nuestros dolores, si las cuestiones progresan, si los problemas se simplifican, si se encuentran las soluciones, si á través de las imposturas é ilusiones distinguimos más clara la verdad! ¡Qué importan diez y nueve años de aire frío del Norte! ¡Qué importa la ausencia mal recibida al regreso, si ante el enemigo el delicioso París se transforma en París sublime, si la majestad de la gran nación aumenta con la desgracia, si la Francia mutilada deja correr por sus llagas la vida para el mundo entero! ¡Qué importa, si en un porvenir no lejano, ya distinto y visible, cada nacionalidad adquirirá su natural figura: Rusia, hasta la India; Alemania, hasta el Danubio; Italia, hasta los Alpes; Francia, hasta el Rhin; España, teniendo á Gibraltar, y Cuba, siendo de Cuba; rectificaciones necesarias para la grande y futura amistad de las naciones! Esto es lo que nosotros deseamos, y lo conseguiremos.

Hay estaciones sociales y la civilización tiene sus cambios climatológicos. ¡Qué importa que luchemos con el huracán, ni que seamos desgraciados, si es por conseguir el bienestar general; si decididamente el género humano pasa de su Diciembre á su Abril; si el invierno

no de los despotismos y de las guerras ha concluido; si las supersticiones y los prejuicios se desvanecen; si después de los feudalismos, monarquías, imperios, tiranías, batallas y carnicerías, vemos al fin que se colorea el horizonte con las tintas rosadas, que anuncian la aurora de la paz universal de los pueblos!...

X.

En todo lo que exponemos hasta aquí solo nos proponemos un objeto: afirmar lo porvenir en la medida de lo posible.

Prever parece algunas veces errar; la verdad lejana hace sonreír.

Decir que un hueco tiene alas parece absurdo, y sin embargo, es verdad.

El propósito del que piensa es pensar con utilidad.

Hay meditaciones perdidas, que son ensueños, y meditaciones fecundas, que se incuban. Eso hace el verdadero pensador.

De esta incubación surgen, á su tiempo, las diversas formas y manifestaciones del progreso, destinadas á desenvolverse lo humanamente posible en la realidad, en la vida.

Se llegará al fin del progreso?

No.

Pero no se debe considerar la muerte como inútil. El hombre no será completo en esta vida.

Aproximarse siempre, no llegar jamás; esta es la ley. La civilización es una asíntota.

Todas las formas del progreso son la revolución.

La revolución es lo que hacemos, lo que pensamos, lo que hablamos, lo que tenemos en los labios, en el corazón y en el alma.

La revolución es la nueva respiración de la humanidad.

La revolución ha existido, existe y existirá.

De aquí resulta la necesidad é imposibilidad de escribir la historia.

Por qué?

Porque es indispensable referir el ayer é imposible referir el mañana.

Solo se puede deducir y preparar, y esto es lo que intentamos hacer.

Insistamos, pues esto nunca es inútil, sobre la inmensidad de la revolución.

XI.

La revolución preocupa á todos los géneos, atrayéndolos; así es que Lamar-

tine la pinta, Michelet la explica, Quinet la juzga y Luis Blanc la fecunda.

Ningun hecho humano ha tenido mejores narradores, y por lo tanto esta historia será siempre para el historiador material inagotable.

Por qué? Porque todas las historias son las narraciones del pasado, y, digámoslo otra vez, la revolución es la historia del porvenir. La revolución ha conquistado, descubierto y anunciado la tierra de Canaán de la humanidad, habiendo aun en lontananza más tierras de promisión que terreno ganado, y á medida que sus conquistas entran en el dominio humano, se revelan nuevos aspectos de la revolución, variando por lo tanto su historia. Las historias actuales no serán menos definitivas, cada una bajo su punto de vista; los historiadores contemporáneos influirán en los historiadores futuros, como Moisés domina á Cuvier, pero sus trabajos serán de perspectiva y unidos formarán un todo completo. Cuándo será perfecta esta unión? Cuando el fenómeno termine, es decir, cuando la revolución de Francia se verifique como lo hemos indicado, empujando por la revolución de Europa y siguiendo por la del hombre; cuando la utopía sea una forma real del progreso; cuando el esbozo llegue á ser obra maestra; cuando á la coalición fratricida de los reyes suceda la federación fraternal de los pueblos y á la guerra contra todos la paz para todos. Imposible es, á no ser en sueños, completar hoy lo que se ha de completar mañana, terminar la historia de un hecho incompleto, sobre todo cuando éste hecho entraña gran cúmulo de acontecimientos venideros. Entre la historia y el historiador existe desproporción grandísima.

Nada más colosal. El total escapa á nuestras apreciaciones. Mirad nuestro pasado. El Terror es un cráter, la Convención la cúspide de una montaña. Todo el porvenir está en fermentación en aquellas profundidades. El pintor se queda perplejo ante las escarpaduras. Líneas inconmensurables traspasan el horizonte. La mirada del hombre tiene sus límites y el proceso divino es infinito. En ese lienzo preparado, en ese cuadro por pintar, trazad un personaje, el que queráis, y sentireis lo infinito. Existen también horizontes más limitados. Así, por ejemplo, en un momento dado de la historia se ven, por una parte Tiberio y por otra Jesús. Pero el día en que Tiberio y Jesús constituyan un solo

hombre y de su amalgama surja un sér formidable ensangrentando la tierra y salvando al mundo, la misma historia romana se horrorizará y Robespierre perturbará á Tácito.

Témese que seamos impulsados á admitir una especie de ley moral mixta que parece se libra de lo desconocido. Ninguna de las dimensiones del fenómeno se relaciona con la nuestra. Por grande que sea el historiador, esta enormidad se escapa á sus observaciones. La Revolución francesa contada por un hombre, es un volcán explicado por una hormiga.

XII.

Qué deducir? Solo una cosa. En presencia de este enorme huracán, aun no calmado, ayudémonos unos á otros.

Aun no estamos seguros contra el peligro para que no nos tendamos la mano.

Hermanos míos, reconciliémonos.

Emprendamos el ancho camino de la concordia. Demos tregua á nuestro odio, estrechemos nuestras manos; que los grandes tengan piedad de los pequeños y que los pequeños perdonen á los grandes. ¿Cuándo se comprenderá que navegamos en un mismo buque y que el naufragio es indivisible? El mar que nos amenaza es inmenso y tiene abismos para todos. Lo he dicho en otra parte y lo repito: salvar á los otros es salvarse á sí mismos. La solidaridad es terrible, pero la fraternidad es dulce. Una engendra la otra. Seamos hermanos! ¿Queremos terminar nuestras desgracias? Pues renunciemos á nuestra cólera, reconciliémonos y vereis cómo nos halaga á todos la sonrisa de la paz.

Enviemos á lejanos destierros las luces anunciadoras del regreso; restituyamos á las mujeres sus maridos, los trabajadores á los talleres, las familias á los hogares; restituyámonos los que fueron nuestros enemigos. ¿No es tiempo ya de que nos amemos? ¿No queréis que se empiece? Terminad: terminar es absolver. Maltratando perpetuamos nuestros males. Quien mata á su enemigo dá vida al odio. Solo hay una manera de matar á los vencidos: perdonándolos. Las guerras civiles las originan diversas causas y se terminan con una sola: la clemencia. La más eficaz de las represiones es la amnistía. ¡Mujeres que llorais, yo quisiera devolveros vuestros hijos!

Ah! yo sueño con los desterrados y se

entristece mi corazón; sueño con los males del país y tal vez me corresponda algo como causante.

¿Sábese de qué sombras se compone la nostalgia? Yo me imagino la triste alma de un desgraciado joven de veinte años, valiendo apenas lo que la sociedad le exige, que en un momento, por cualquier cosa, por un artículo en un periódico, por unas páginas calenturientas, escritas en los instantes del delirio, se vé condenado al suplicio inmenso del destierro eterno, y que despues de un día de cárcel, en las horas del crepúsculo, se sienta sobre las rocas que azotan las olas, abrumado por la enormidad de las guerras civiles y por la tranquilidad de las estrellas, y contempla la tarde y el Océano á cinco mil leguas de su madre.

Ah! perdonadme.

Este grito de mi alma no es solo tierro, es nacional. La dulzura no es solo dulzura, es inteligencia. ¿Por qué condenar al porvenir á que aumente las venganzas, henchidos de lágrimas, y á la siniestra repercusión de los rencores? Vamos á los bosques, escuchais los ecos y no olvidais las represalias; aquella voz oscura y lejana que contesta es nuestro odio que se revuelve contra vosotros. Estad preparados, porque el porvenir es buen deudor y os pagará vuestras cóleras. Dirijamos nuestra mirada á los que nacen y no rodeemos de oscuridades la vida que les espera. Si no tenemos compasión de los hijos de nuestros semejantes, tengámosla al menos de los nuestros. Aplacad! Tranquilizad! ¿Encontrará eco mi deseo?

No importa, es preciso insistir; nosotros

queremos que se prometa y no que se amenace, que se cure y no que se mutile, que se viva y no que se muera. Las más altas leyes están de nuestra parte. Existe un profundo paralelismo entre la luz que nos envia el sol y la clemencia que recibimos de Dios. Habrá una hora de fraternidad completa, así como hay una hora llena de luz: el medio día.

No pierdas el valor, oh piedad! Yo no me canso: lo que he escrito en todos mis libros lo he justificado con todos mis actos; lo que he dicho á todos los auditorios, tanto en la tribuna de los pares como en el cementerio de los proscriptos, lo mismo en la Asamblea nacional de Francia que en la ventana apedreada de la plaza de las Barricadas de Bruselas, lo afirmaré, lo escribiré y lo diré sin cesar: ¡Es preciso amarse, amarse, amarse! Los felices deben considerar como un dolor que existan desgraciados.

El egoismo social es un principio de sepulcro. Si queremos vivir, unamos nuestros corazones formando el inmenso género humano. La prosperidad material no es la felicidad moral; el mejoramiento no es la curación; olvidar la deuda no es pagarla. Desarrollemos entre nosotros la protección, el socorro, y confesemos la falta pública reparándola. Todo lo que sufre acusa, todo lo que llora en el individuo lo siente la sociedad; nadie está completamente solo, todas las fibras vivientes se entrelazan y confunden, los pequeños deben ser sagrados para los grandes, y del derecho de todos los débiles se compone el deber de todos los fuertes.—He dicho.

Paris, Junio 1875.

ANTES DEL DESTIERRO

1841 A 1851

Academia francesa.—Cámara de los pares.—Reuniones electorales.
Asamblea Constituyente.—Asamblea legislativa.—Congreso de la Paz en Paris.—Cámaras de las Juntas extraordinarias.—Oraciones fúnebres.—El 2 de Diciembre.